

*El poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos.* / Fernando Guerrero Cazar y Pablo Ospina Peralta. Buenos Aires: CLACSO, 2003, 304 pp.

El libro de Fernando Guerrero y Pablo Ospina presenta una visión compleja y bastante completa de los movimientos indígenas ecuatorianos de la última década. Prefiere esto antes que ensayar una respuesta indianista a la presencia pública, masiva, inestable y sorprendente de estos grupos. El texto propone un análisis del fenómeno desde una triple entrada: 1) el impacto del ajuste estructural de juego y sus efectos sobre las poblaciones rurales indígenas, en particular en lo referente al tema de la propiedad y el acceso a la tierra; 2) la indagación sobre las dimensiones sociológicas y demográficas de la etnicidad; el texto se pregunta por los quiénes, cuántos, dónde y cómo de los indios y sus movilizaciones; y 3) la relación entre etnicidad, Estado y políticas indígenas y no indígenas.

En el movimiento indígena parecen confluír una serie de fuerzas endógenas y exógenas que, transformando no solo la posición de la sociedad sino también el modo de vida de los indígenas, impulsará a estos —al mismo tiempo— hacia una mayor diversificación y diferencia, y a una serie de reivindicaciones que responden tanto a necesidades cotidianas como a proyectos políticos específicos, todo ello en medio de un proceso de descubrimiento, reconstrucción y recreación de identidades indígenas.

Antes de abordar el tema, los autores nos introducen al universo histórico, antropológico e historiográfico de los indígenas contemporáneos a partir de un recorrido desde la larga duración hasta el acontecimiento, desde los complejos procesos de formación del espacio y las sociedades ecuatorianas, de los contextos económicos y los protomovimientos indígenas (indigenistas y campesinos), la FEI, la Fenoc y el Ecuarunari, hasta la coyuntura actual, cuando aparecen la Conaie y luego el Movimiento Pachakutik. Este desarrollo es, además, buena excusa para pasar revista a los principales trabajos sobre Antropología e Historia de la sierra y selva ecuatorianas, así como sobre la organización y los movimientos sociales rurales de las tres últimas décadas.

El movimiento indígena ecuatoriano se puede entender como fruto de la confluencia de una élite ya no más dedicada a actividades agrarias o rurales sino compuesta por profesionales, maestros, abogados y funcionarios —con capacidad de propuesta y en proceso de redescubrimiento y potenciación de la propia etnicidad—, y de una serie de bases rurales con dispar grado de organización y centralidad, de extracción más campesina y agraria y con reivindicaciones más vinculadas a la supervivencia y la defensa de la producción y la tierra. A esta convergencia

de diversas poblaciones indígenas se suman una masa rural y una masa urbana descontentas con el gobierno y la política económica posterior al ajuste estructural, que pueden haber confluído con los indígenas algunas de las *movilizaciones* organizadas en la última década, y que alguna parte han tenido en la destitución de tres presidentes.

Los cambios experimentados por el sector agrario ecuatoriano en los últimos tres lustros son semejantes a los experimentados por el mismo sector peruano: retracción del Estado, puesta en marcha de medidas de contrarreforma agraria, políticas de liberalización de la economía y desaparición de la banca de fomento. Todas estas contribuyen a marginar y pauperizar a los pequeños productores, tanto más cuanto más alejados de los grandes mercados. El descontento generado por las diversas medidas de ajuste parece explicar parte del éxito del movimiento Sin embargo, la correlación establecida por los autores entre movimientos sociales y movilización indígena (a partir de reportes de diarios y otros medios escritos), con estadísticas de producción y otros resultados del ajuste es una de las partes más débiles del texto.

Una de las principales reivindicaciones históricas indígenas es el reconocimiento del Ecuador como país plurinacional. Tras su inclusión en la Constitución de 1998, los grupos indígenas volcarán su acción a la construcción de una legislación ad hoc, vinculada a reivindicaciones de nacionalidad, territorio y organización institucional. Por otro lado, si en 1992 la Conaie decidió impulsar los «parlamentos indígenas y populares» —en contraposición y alternativos al Parlamento nacional ecuatoriano—, la complejidad del movimiento terminó, sin embargo, por generar un «partido indígena» que, paradójicamente, tomará el nombre de Pachakutik, y participará en cuatro procesos electorales entre 1996 y 2002.

A partir de los dilemas previos a la expulsión del presidente Mahuad se puede decir que los grupos indígenas empiezan a pugnar por convertirse «en poder[,] más que en contra-poder». Sin embargo, la participación indígena en la política plantea una serie de interrogantes difíciles de responder: ¿cuál es la articulación y que tipo de correspondencia se establece entre el movimiento indígena organizado desde la Conaie y el movimiento político articulado en el Pachakutik? Es posible que sea precisamente esta ambigüedad lo que permita explicar cómo, tras un periodo de aparente crisis del movimiento en 2000, se puede desarrollar un movimiento masivo y exitoso en 2001, un movimiento que, como Guerrero y Ospina señalan, sorprendió a los propios dirigentes indígenas. Su éxito quizá se haya debido a su preparación *desde abajo* y, sobre todo, a que enarboló propuestas y reivindicaciones nacionales y no solamente indígenas. El proceso parece pasar de posiciones radicales —críticas al Estado— hacia posiciones de participación política, alentadas en parte por un Estado más permeable al tema indígena.

---

No hay consensos, y en política los indígenas se comportan también como un electorado flotante muy vinculado a reivindicaciones de izquierda, lo que brinda un marco general de acción en medio del cual se operan redefiniciones y reformulaciones constantes. Parafraseando a los autores, los que esperan algo — indígenas o no— esperan del movimiento más que reivindicaciones étnicas. Mientras tanto, sus detractores sostienen que la apertura indígena no es más que una coartada.

La definición de lo indígena y su identidad es un componente central en el acertijo del problema indígena y del «poder de la comunidad». En ese sentido, los autores ensayan una aproximación a lo indígena por medio de círculos concéntricos que corresponden a una serie de preguntas: 1) ¿quiénes son los indígenas?; 2) ¿qué bases se movilizan?; y 3) ¿quiénes son sus dirigentes?.

Si la primera parece una pregunta simple, la respuesta no lo es en absoluto. El texto analiza las múltiples categorías ensayadas por diversos autores para definir la indianidad (idioma hablado, residencia, idioma hablado por los padres, autoidentificación), que según se apliquen de manera individual, grupal o territorial, arrojan cifras diferentes sobre cuántos indígenas hay actualmente en Ecuador. Finalmente, lo que queda claro es que lo indígena no es una condición *natural* ni estrictamente definida, sino más bien móvil en el tiempo y en el espacio.

En segundo lugar, las movilizaciones indígenas responden a procesos organizativos diversos que parten de múltiples organizaciones de base y de segundo grado que se «condensan» en un arquetipo común: la comunidad. Sin embargo —como en el Perú—, la comunidad parece existir en dos dimensiones: primero como organización sometida a los avatares de la política interna, del faccionalismo, de la debilidad de las organizaciones rurales; segundo, como principio de democratización, forma tradicional de democracia y modelo idealizado que se convierte —según algunas interpretaciones de estudiosos— en defensora del bien común y de cierto espíritu colectivista frente a las políticas contemporáneas de individuación y desterritorialización. Ambas *comunidades* quizá estén en la base de la movilización efectiva de los indígenas, la primera organizando las acciones concretas; la segunda, como principio ordenador y sustrato de legitimidad. En el escenario de los últimos años aparecen, además, múltiples organizaciones de mujeres y jóvenes, así como nuevas federaciones y organizaciones regionales.

Finalmente, sin líderes es posible que no haya movimiento ni movilización indígenas. El texto muestra muchos de los caminos de la construcción del liderazgo indígena contemporáneo, desde su origen rural y campesino hacia un desempeño profesional o como funcionario. Asimismo, retraza los múltiples caminos del redescubrimiento de la etnicidad. Sin embargo, una de las limitaciones del estudio es que solo toma en cuenta casos de dirigentes varones y de algunas regiones.

El conjunto del análisis y del proceso muestra que el movimiento indígena se desarrolla en un contexto de diversificación de las sociedades indígenas locales y regionales, que se expresa en los dirigentes, en las organizaciones, y también en la definición de quién es o no indígena y por qué. Todo ello genera una pronunciada diversificación de los agentes —y de las voces— que intervienen en el mundo indígena, diversificación que, sumada a la ambigüedad en la definición de la identidad y en las estrategias políticas implementadas, muestra —según los autores— que lo único que resulta realmente común a todos los estratos es la etnicidad y la lucha por esta.

Y esta es, precisamente, la paradoja del libro, por lo menos leído por un antropólogo. Su enfoque describe muy bien el fenómeno y sus circunstancias, lo problematiza, densifica y cuestiona sin buscar respuestas fáciles. Sin embargo, no explora las dimensiones *émicas* de la etnicidad, que en este trabajo se entiende solo como una marca de identidad o símbolo de intereses comunes. Esto lleva a que nos planteemos una serie de preguntas adicionales vinculadas a los contenidos, discursos, marcadores e historias sobre las que se construye dicha etnicidad.

*Alejandro Diez Hurtado*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*